

MITOS Y MENTIRAS ANARQUISTAS SOBRE VIRUS Y MEDICINA

Introducción

La crisis del coronavirus ha vuelto a sacar a relucir todas las limitaciones del anarquismo actual en su relación con la medicina. Muchas de ellas llevan largo tiempo incrustadas en el imaginario libertario de manera persistente sin que parezca darse intención alguna de superarlas. La cuestión no revestiría seriedad o gravedad alguna si no fuese por las potenciales consecuencias que ciertas informaciones y creencias pueden tener para la salud no solo de los anarquistas, sino de todo el mundo.

Los préstamos ideológicos en torno a los cuales gran parte del movimiento construye su percepción acerca de este tema, se encuentran algo así como a medio camino entre una conmovedora candidez “New Age” y la perversidad de la pura estafa pseudo-médica. El baremo a la hora de dar el visto bueno a ciertos discursos sobre la salud parece girar en torno a tres ejes fundamentales: 1) La concepción de que, si algo suena lo suficientemente extravagante, debe ser por fuerza radical y rompedor. 2) La consideración de cualquier punto de vista, argumento o teoría contrarios a la medicina “alopática” y “del sistema” como intrínsecamente válidos y 3) una actitud hipócrita ante el conocimiento tendente a seleccionar sin rigor alguno lo que a uno más le convenga para justificarse a sí mismo y a sus opiniones (solo es cierto lo que me da la razón).

Como no podía ser menos, y como la ocasión la pintan calva, la presente pandemia de SARS-CoV-2 ha hecho aflorar de nuevo en entornos y publicaciones del espectro antiestatal todo tipo de exabruptos, inexactitudes y crédulas insensateces hippies. Algunas de ellas capaces de contribuir a provocar más contagios y muertes de las que ya hay, en el presente escenario sanitario ibérico. Para más inri, meteduras de pata tan colosales suelen pasar desapercibidas sin dar lugar al más mínimo atisbo de autocritica o propósito de enmienda. Vemos entonces como nadie se ruboriza ante escritos “libertarios” calificando sin base alguna a la pandemia como una farsa o profiriendo llamadas a “liberarse del confinamiento opresor” organizando orgías y propiciando encuentros besucones, amorosos y por supuesto, altamente infecciosos. Dado que lo libertario está más especializado por así decir en cuestiones de índole social, y dado que la metástasis postmoderna hace tiempo que lo condenó a una total irrelevancia, sería mucho pedir que cuestiones tan delicadas como la salud o la enfermedad recibieran en este medio el tratamiento que merecen.

Cuando están en juego vidas humanas y la protección de la especie frente al azote de la enfermedad, no es tan fácil ser antidesarrollista. No es lo mismo rechazar el automóvil individual, los vuelos intercontinentales o la energía nuclear que hacer lo propio con técnicas quirúrgicas, instrumental médico o los antibióticos, por poner solo unos pocos ejemplos. Las implicaciones éticas y los posibles efectos indeseados de una hipotética supresión revolucionaria de unos u otros, no son ni comparables entre sí. Está claro que el debate acerca de la ciencia médica dentro del espectro libertario requiere una atención mucho más profunda y seria de la que se le viene dispensando. Es por ello que se ha decidido redactar el presente texto como contrapunto al amplio catálogo de estupideces sobre salud y medicina circulantes en tantos medios alternativos.

Vamos entonces con un listado de MENTIRAS Y MITOS sobre la enfermedad, la medicina e incluso la naturaleza que gozan de demasiado predicamento en los medios anarco-izquierdistas actuales y deberían superarse cuanto antes.

Mentira número 1: La enfermedad la crea siempre el sistema.

Es cierto que el capitalismo y el estado producen mucha destrucción medioambiental, facilitando la emergencia de nuevas enfermedades y su rápida difusión, pero es rotundamente falso que sea siempre dicho binomio el causante de todas ellas. Existen también patologías de origen genético, e incluso otras de tipo idiopático (de causa desconocida) cuyo origen no se puede considerar sistémico y cuya cura o tratamiento no sería posible sin la medicina moderna. El cáncer, por ejemplo, lleva siendo conocido desde la antigüedad¹

Por otro lado, también tenemos los TRAUMATISMOS, es decir, las lesiones y daños causados por el impacto de fuerzas externas (caídas desde una altura, puñetazos, mordeduras, etc.) Algunas de estas dolencias necesitan de curas avanzadas y de un seguimiento posterior. Los golpes en la cabeza, por citar solo una de entre tantas otras casuísticas, pueden complicarse a veces en un derrame cerebral incluso horas después de haber sido recibidos. Las técnicas de escaneo tomográfico permiten prevenir este tipo de accidentes con antelación.

Mentira número 2: Los virus no matan

Vivimos inmersos en un universo microscópico repleto de bacterias y virus, la mayoría de los cuales no son dañinos para el ser humano; eso es cierto. Sin embargo, hay algunos de entre estos microorganismos que sí pueden llegar a tornarse letales. Muchos de los virus que no nos enferman o matan a nosotros, producen altas mortandades en seres vivos de otras especies. Y, en fin, muchos otros patógenos incapaces de hacerles siquiera cosquillas a animales o plantas, a los humanos nos destrozan.

Contra lo que suelen creer muchos anarquistas y primitivistas, la naturaleza no es orden y equilibrio felizón, sino más bien un entorno con tendencia a la entropía donde sobreviven los organismos más estables. Los virus, a pesar de no estar “técnicamente” vivos y de contribuir “positivamente” a muchas funciones necesarias para la vida, constituyen también el vehículo de replicación del material genético que contienen (ADN y ARN). La destrucción medioambiental causada por el desarrollismo capitalista, sin duda incrementa matemáticamente las posibilidades de que algunos de ellos muten en variantes peligrosas para el hombre. Aún así, no existen evidencias suficientes como para señalar SIEMPRE al daño ecológico humano como responsable ÚNICO del surgimiento de cepas peligrosas, epidemias y pandemias.

Por otra parte, la enfermedad es un regulador natural de población y como tal acompañará al ser humano mientras exista. Incluso si nuestra especie llegase algún día a construir la sociedad más ecológica, autogestionaria, libre e igualitaria posible, no se libaría de ella por dos razones. Primero porque toda comunidad humana ejerce siempre una presión sobre el entorno, por mínima que esta sea, y es altamente probable que para provocar una epidemia a veces no sea necesario dañar mucho, sino tan solo alguna estructura clave. Y segundo, porque la naturaleza no se guía por parámetros humanos ni tiene ética o moral. De este modo, si para un virus o una bacteria dados,

¹ El origen del propio término parece venir de la palabra griega “karkinos”, mencionada por primera vez en el Corpus Hippocraticum del siglo IV a.C. y atribuido al médico griego Hipócrates. Al parecer fue la forma de ciertos tumores, similar a la de un cangrejo, la que dio origen al nombre. También se han encontrado signos de carcinomas en fósiles óseos prehistóricos e incluso en momias egipcias, aunque no está claro que fuesen exactamente cánceres en todos los casos. La mayoría de los autores coinciden en atribuirle a esta enfermedad una existencia temprana en la historia humana pero que se iría incrementando a partir del siglo XVIII.

resultase más eficiente en términos de su propia autorreplicación infectar y matar seres humanos, poco iba a importar lo ecologistas y majetes que fueran estos.

Todo lo dicho no niega en absoluto que una sociedad mejor no fuese a reducir las posibilidades de provocar pandemias o nuevas enfermedades, pero REDUCIR, no significa ERRADICAR. De ahí que la investigación médica sea necesaria; no tanto para acabar con la enfermedad y el sufrimiento para siempre jamás, como para defendernos contra lo que pueda venir y mejorar la calidad de los cuidados diarios.

Mentira número 3: Los pueblos indígenas no tienen enfermedades o tienen pocas.

Los pueblos indígenas sufren enfermedades de muchos tipos, incluso infecciosas. Lo que no padecen, o al menos lo hacen en menor grado que los humanos “civilizados”, son el tipo de dolencias típicas del “mundo moderno” (cardiopatías, diabetes, depresiones etc.)

No obstante, sí comparten con el resto de la humanidad la mayor parte de los problemas de salud transmitidos por herencia genética y por supuesto, toda clase de traumatismos. Además, no pocas veces se ven diezmados por patologías específicas del entorno geográfico donde habitan que a nosotros no nos afectan.

Mentira número 4: Con un sistema inmunológico fuerte basta.

Una buena inmunidad siempre es señal de salud, que duda cabe. Si se puede elegir, mejor escoger un buen sistema inmune que no uno debilitado, pero ¿es suficiente?

La respuesta es NO. Primero porque en una situación parecida a la actual, donde una cepa vírica se extiende desatando una pandemia, el mecanismo inmunológico no se encuentra preparado para hacer frente a un patógeno QUE NO CONOCE. Si el COVID-19 tuviese una letalidad comparable a la de la gripe española de 1918, por ejemplo, moriría muchísima gente independientemente de lo robusta o debilitada que estuviese.

En otro orden de cosas, es preciso señalar la capacidad de algunos microorganismos invasores de provocar una tormenta de citoquinas, es decir, una reacción inmunitaria exacerbada que daña al propio cuerpo, facilitando de paso la infección.

A la luz de tales evidencias, no cabe sino concluir que la fortaleza inmunológica es importante, pero está muy lejos de serlo todo.

Mentira número 5: Las vacunas son un camelo.

Con respecto a este tema se está generando mucha confusión, más que nada porque no se diferencia bien entre dos niveles de debate fundamentales.

El primer nivel sería el referente a los intereses de las multinacionales farmacéuticas o a los deseos de control omnímodo por parte de los estados. A este respecto, cierto grado de escepticismo y sospecha puede considerarse saludable y no es de extrañar que mucha gente desconfíe. Capitalismo y estado son los peores enemigos del pueblo libre, y como tales siempre buscarán maneras de controlar mejor a este último. Y si para reforzar su dominio pueden echar mano de la excusa sanitaria y el “es por tu bien”, no cabe duda de que lo harán. Ahora bien, apresurarse a concluir a partir de esta disposición maquiavélica de la tecnociencia que absolutamente toda la medicina moderna es un engaño, es demasiado decir; lo cual nos lleva al segundo nivel de debate: el de las vacunas como conocimiento y forma de prevención.

En lo relativo a las vacunaciones, se está diciendo de todo y se está dando pábulo desde el ámbito libertario a un montón de informaciones cuando no dudosas, difíciles de demostrar. Para que dentro de este se diese un debate medianamente riguroso, haría falta partir de una base empírica informada, juiciosa y de mínimos, en vez de dejarse llevar por una amalgama confusionista donde cualquier cosa es tomada por válida. El “todo vale” típico de la postmodernidad, no tiene cabida aquí, o al menos no debería...

La vacunación es la técnica médica mediante la cual se refuerza el sistema inmunitario adaptativo a través de la inoculación de una dosis atenuada del microorganismo causante de la enfermedad a prevenir. La inmunidad de grupo, por otra parte, se consigue cuando un número suficiente de individuos dentro de una población dada se inmuniza, actuando como “cortafuegos” biológico incluso para una minoría que no lo hiciese. De esta forma, al despojar a las bacterias y virus potencialmente peligrosos de huéspedes en los que reproducirse, se les fuerza a desaparecer o a retirarse al organismo de otros animales que actúen como reservorio.

A través del cálculo estadístico del umbral de inmunidad colectiva, se establece el porcentaje ideal de personas que deberían ser vacunadas con el objeto de lograr protección grupal en una población concreta. Para ello se tienen en cuenta factores como el número de individuos infectados, el número de individuos sanos sin vacunar, el número de inmunizados, la edad media de la población más amenazada por la enfermedad, la esperanza de vida media de la población general y el famoso número básico de reproducción o RO, formado por la cantidad de personas susceptibles de verse infectadas por un solo enfermo.

A la vista de los resultados y de la historia de las vacunaciones y las epidemias, sería de necios negar la utilidad incontestable de esta técnica, muy a pesar de las malandrinadas de las multinacionales farmacéuticas. Por otra parte, la invocación de la “libertad individual” a la hora de rechazar la inmunización, tan cara a muchos anarquistas, puede tener el efecto indeseado de romper la inmunidad de grupo y perjudicar a todos. Amén de hacer retornar antiguas enfermedades que ya casi parecían olvidadas.

Tampoco vale escudarse tras los datos sobre daños causados por vacunas en algunas personas para promover la total eliminación de estas. Todo tratamiento médico tiene sus riesgos por mucho que se intente garantizar la mayor seguridad posible a los usuarios. Y hoy por hoy no existe la capacidad de producir medicinas despojadas de efectos secundarios o potenciales complicaciones. Esto también es aplicable, no se nos olvide, a los “consejos terapéuticos” y tratamientos de no pocas terapias alternativas. ¿Justifica entonces la posibilidad de causar daños a una o a unas pocas personas el que se retiren tratamientos que funcionan bien en la inmensa mayoría? ¿Cuánta de la gente que se encuentre leyendo esto estaría dispuesta a soportar una operación sin anestesia, por ejemplo, cuyos efectos secundarios no son moco de pavo precisamente? Como se ve, cualquier debate acerca de temas médicos debe ser escrutado con muchísimo tiento, pues plantea dilemas morales muy jodidos ante los cuales llegar a una decisión o respuesta definitiva es de todo menos fácil.

Desde el punto de vista anarquista, lo más prudente sería defender las vacunas que ya llevan años aplicándose sin mayores problemas y exigir una absoluta transparencia ante otras que se quieran imponer en el futuro; rechazándolas si se viese detrás de ellas algún interés dudoso.

Mentira número 6: En una sociedad sana y ecológica las plantas y los remedios naturales bastarían para garantizar una buena salud.

Sin duda alguna, un cambio de paradigma de la medicina debería orientarse a la promoción máxima del autocuidado personal y al apoyo mutuo comunitario, relegando la intervención del médico profesional a momentos concretos de crisis. La medicina técnica debería ser siempre el último recurso, lo cual no implica que merezca desaparecer o que se deba renunciar a la investigación sobre nuevos tratamientos y curas. Ahora bien, pensar que una comunidad autogestionada, ecológica, no estatal, libre y con una economía colectiva no fuese a necesitar de una medicina compleja es de ilusos.

Como ya se ha dicho, por muy bien que lo haga en términos de protección del medio ambiente, la humanidad jamás vivirá libre de patologías o del peligro de sufrir epidemias. Todo lo que puede hacerse a este respecto, es minimizar riesgos, jamás erradicarlos por completo. Por lo tanto, un cierto nivel de desarrollo técnico en materia terapéutica será siempre necesario y muy de agradecer.

A no ser que nos empeñemos en inventarnos una historia que jamás existió, donde una suerte de “Edad Dorada” super natural e inocente se habría visto violentamente reemplazada por la llegada de la civilización perversa, “malota”, patriarcal y “malrollera”, no cabe creer que en el pasado las infusiones y el “buen karma” bastasen para curarlo todo. Que se sepa, restregar cebolla en bubones inflamados dio nulos resultados frente a la peste negra.

Pero por desgracia, siempre hay algún alma cándida dispuesta a creerse cualquier tontería si se la vende un gurú con suficiente encanto, capacidad de persuasión y seguidores en “YouTube”.

Mentira número 7: Una verdad a medias; las medicinas actuales no valen para nada. Tan solo modulan los síntomas, pero no curan.

Lo más chocante de este argumento viene del poco valor que parece concedérsele a la propiedad de modular los síntomas. Como si contribuir al bienestar de una persona, permitiéndole vivir dentro de unos mínimos de “normalidad”, sin que le asalten delirios, se cague encima, fallezca víctima de la infección más nimia o se retuerza constantemente de dolor, no fuesen más que fruslerías sin importancia.

Al margen de lo anterior, no cabe negar la evidencia de que vivimos en una sociedad muy medicalizada donde se receta a mansalva con el fin de compensar dolencias cuya solución pasaría más por un cambio social que por la aplicación de prótesis químicas. Igualmente, tampoco cabe ignorar los terribles efectos secundarios de algunas drogas terapéuticas. Pero, como siempre, muchos anarquistas tienden a llevar este argumento hasta el extremo negando taxativamente la necesidad de toda medicina que no sea la proporcionada por los remedios naturales. Craso error. Ni el consumo excesivo de medicamentos invalida la utilidad de estos últimos, (si no para curar, al menos para hacer más llevadera la existencia del enfermo) ni los remedios tradicionales o “lo natural” se hallan exentos de peligro alguno.

Tampoco cabe negar el hecho bien cierto de que la mayoría de los fármacos existentes no constituyan per se la cura milagrosa de nada, sino más bien un apoyo a la recuperación del organismo debilitado. Pero en todo caso, incluso bajo tal eventualidad, la ayuda química resulta en no pocas ocasiones útil para incrementar las perspectivas de curación de un modo que no sería posible sin ella. Además, sin la existencia de

algunos medicamentos, mucha gente, directamente moriría. Es difícil imaginarse cómo podría apañárselas un diabético en una sociedad sin insulina o un asmático sin el salbutamol de los “ventolines”. Y no, muchas enfermedades, NO SON SIMPLEMENTE “PRODUCTO DE LA CIVILIZACIÓN”.

Desde el anarquismo entonces, debería lucharse contra el uso totalitario y capitalista de los fármacos, reivindicar la desaparición de toda marca que no sean los genéricos, mantener una actitud crítica e informada ante nuevos brebajes y tratamientos y promover el uso de remedios naturales como primera opción antes de pasar a la utilización de cualquier farmacopea industrial.

Y por supuesto, el mismo rasero de rigor debería aplicarse tanto a los listorros de la medicina oficial, como a los “espabiladillos” de no pocas “escuelas” naturistas.

Mentira número 8: La iatrogenia hospitalaria está matando más que el coronavirus.

No se puede negar lo evidente: durante la pandemia, los hospitales y cualquier instalación médica se han convertido en auténticos focos emisores de yatrogenia (enfermedad generada por el propio sistema médico) Si dichos centros ya lo son de por sí en una jornada normal, las semanas de constante saturación y llegada incesante de nuevos contagiados han incrementado dicha faceta de manera notable.

Ahora bien, apresurarse a sentenciar que el sistema médico “alopático” no vale para nada, o “mata más que cura”, blandiendo cuatro o cinco párrafos mal digeridos de la “Némesis médica” de Iván Illich o las teorías de Máximo Sandín, es a todas luces una exageración. Es como si cargásemos un carro con 10 toneladas de hierro y le echásemos la culpa al pobre burro de no poder moverlo. Con todo y con ello, lo cierto es que en esos hospitales se está haciendo un gran trabajo, curando y salvando muchas vidas pese a los numerosos defectos del sistema; yatrogenia incluida.

Lo más patético del asunto es que algunos de entre quienes esgrimen como argumento la yatrogenia hospitalaria son los mismos que lanzan proclamas insensatas a romper el aislamiento, abrazándose, besándose, montando orgías y compartiendo mocos y fluidos... ¡Como si eso no fuese a incrementar los contagios!

En fin, sobran las palabras...

Conclusiones

Uno podría continuar glosando la lista de incongruencias difundidas por el mundillo pseudo-ácrata acerca de la medicina durante horas, pero se excederían los límites y propósitos de este escrito. Para ir cerrando, se adelantarán unas pequeñas conclusiones.

Hasta la fecha, el medio libertario ha venido basando su postura ideológica acerca del tema médico en fuentes y creencias muy dudosas. Como resultado, se ha generado todo un ritual de clichés “New Age” y naturistas con cierto valor, pero que no llega ni de lejos a bastar para la generación de una teoría y una práctica libertarias sólidas en este campo. Ante el pseudo-debate oficial entre los polos complementarios de la sanidad pública estatal y su contrapunto privado, los movimientos de inspiración antiautoritaria parecen no poder ofrecer más que un modelo ridículo basado en el autocuidado, el zen, las dietas, los remedios de la abuela y poco más.

El gran acierto de haber adoptado un sano escepticismo frente a la religión del cientifismo y la tecnocracia ha generado como contrapartida un maximalismo antitécnico que suele verse erróneamente aplicado en igual medida a campos muy diferentes. Como ya se ha dicho al comienzo del presente texto, no es lo mismo promover el antidesarrollismo frente a nocividades tan evidentes como la urbanización masiva, la energía nuclear, la nanotecnología o el tráfico rodado que ante la práctica terapéutica y la investigación en medicina. Las implicaciones éticas, así como los riesgos que podrían derivarse de un eventual “paso en falso”, no son ni por asomo comparables.

Las proclamas supuestamente rompedoras de tanto anarco-izquierdista, hippie, conspiranoico o naturista desfasado contra el confinamiento por coronavirus no hacen más que poner de relieve la arrogancia, el ridículo, la credulidad y la burricie imperante en el gueto libertario. Se pretende suplir con escritos irresponsables y actos espectaculares la ausencia absoluta de proyecto, teoría y práctica propias, fruto de décadas de inmersión en el cenagal postmoderno, identitario, “antifa”, “superinsu”, feminazi y vegano.

Ante cuestiones sobre las que se desconoce casi todo, el atrevimiento ignorante, el mero capricho, o la pura conveniencia, se erigen como criterios de selección de la información “mala” frente a la información “buena”, la “ciencia mala” (medicina alopática) frente a la “ciencia buena” (naturismo), los “expertos malos” (Darwin, Richard Dawkins, Luís Enjuanes) frente a los “expertos buenos” (Máximo Sandín, Josep Pamiés, Andreas Kalcker...) En realidad, no se busca la verdad, - sea esta todo lo limitada, frágil, dolorosa o desagradable que se quiera -, sino la generación de una narrativa autojustificatoria aún a costa de mentirse a uno mismo. Solo es cierto lo que me “suene bien y no me contradiga”. Lo demás es “manipulación del sistema”

El mero pataleo impotente, la asunción acrítica de todo tipo de teorías y descarrilamientos extravagantes del internet, y la chulería niñata de postularse como los “valientes” frente a los “cobardes” sumisos a la cuarentena, tan solo contribuirá a hundir el anarquismo aún más en el pozo. Justo ahora, cuando se lo necesita más que nunca.

O dejamos atrás todos los lastres postmodernos y nos organizamos en condiciones, o seguiremos asistiendo impávidos al espectáculo parlamentario capitalista mientras el tren de la historia nos pasa de nuevo por encima.

Hay demasiados estorbos que deben irse por el wáter abajo cuanto antes.

No cabe duda. HA LLEGADO LA HORA DE UN BUEN LAXANTE.

Anarquismo 2 rombos (solo para adultos)